

la prendéis, toda la queréis, todo se lo quitáis, todo se lo prohibís, siempre amigo y siempre celoso; porque todo os dais y toda la queréis; todo os entregáis y toda la prendéis. Vive presa y contenta, viva cautiva y libre, porque en Vos y de Vos vive. ¡Oh mi cárcel y mi carcelero, mis prisiones y mi guardia! ¿Qué hacéis que me dejáis fuera? En Vos y con Vos, amor divino, prendéis á los que os aman; Vos los atáis, Vos los robáis, Vos los conserváis y Vos los guardáis. En carne humana traen espíritus puros y transformados en Vos con vuestro amor y presencia. ¿Quién está en Vos y preso con Vos, qué otra libertad quiere? ¡Oh, qué ancho está, qué dilatado, qué libre de todo, qué contento, cuán satisfecho! Vos sabéis, amor divino, que se pueden desear estas prisiones y puede suspirar por ellas el corazón abrasado en vuestro amor, pero no sabe hablar lo que puede experimentar. No séis para mí escaso y cruel; porque si me dais cuanto tenéis, sin Vos nada me dais; si me apartáis, cruelmente me castigáis y me entregáis á mis enemigos. Prendedme, atadme, amadme y abrasadme, mi Jesús.

¡Oh, qué divinas obras hacéis, amor divino, en las almas que tenéis presas! El que las siente, las diga si sabe; y experimentélas, quien las goza cuanto puede. Pero mi alma de Vos tocada, desea aquel divino estado en que más mostráis la fortaleza en humanidad flaca, cuando teniendo presas de Vos las fuerzas del alma y transformadas en Vos, os escondéis y encubris la suavidad de vuestra presencia; y con todo eso la tenéis tan atada á Vos, que ni sabe contradecir ésto ni desear otra cosa; porque sólo la es consolación el padecer y estar presa en Vos. Oh vida, oh amor de mi alma, ¿qué divina operación es está? Desconsoladas de Vos huyen de los amigos, no se atreven á distraer los sentidos, no os saben pedir que las consoléis, ni querer otra cosa más que beber vuestro cáliz como Vos lo bebisteis. ¡Oh, cómo reináis en estos corazones! Así temen los consuelos humanos, como otros huyen de los trabajos terrenos; así recelan que los desamparéis, cuando se ven sin cruz, como los flacos se tienen por desamparados cuando no los visitáis con gusto; de Vos cautivos, hasta de Vos están libres, porque no os quieren sino como Vos queréis, y siendo Vos sólo su descanso y su bien, quieren vuestra voluntad sobre la suya y desean que seáis en ellos libre y absoluto Señor. Entréganse á Vos sin condición ni límite, libres solamente para amaros, libres para padecer siempre, libres para poseeros y gustaros, libres para dejaros sin perderos, humanos en la naturaleza y sobrehumanos en las obras de vuestro amor y vuestra gracia. ¡Oh libre cautiverio, oh ricas prisiones, quién se viese así preso de Vos, amor divino! Mas, amor mío, ya que mi miseria está tan lejos de ésto, á lo menos hacéme cautivo de vuestra esperanza; sólo en ella viva, sólo en ella descanse. Sois, buen Jesús, puerto seguro, donde las esperanzas dan fondo; sois verdadero en lo que prometéis, piadoso para hacer misericordias, largo para mercedes, cierto en cumplir, amoroso en abrasar; prendedme todo con las esperanzas de este alma; á solo Vos mire, en pos de Vos

ande, á Vos suspire, á Vos me entregue todo y solo en Vos descanse. ¡Oh amor mío, oh vida mía, oh esperanza de mi alma!

Oh Virgen sacratísima, que siempre vivisteis presa en todo y en todas maneras de este amor y libre en él; ayúdame á que de él sea preso, para que de él y en él viva siempre. Oh corte celestial, rendida ya del todo á esta divina cárcel y prisión, libre sin mudanza, desatad mis prisiones miserables, libertad este espíritu y prendedle de la hermosura divina que allá veis para siempre. Amén.

TRABAJO XXIX

Ser llevado por tribunales de malos jueces.

Después de preso el Señor, fué continuando los trabajos de su sacratísima Pasión por géneros de cosas que debían acrecentarle la pena y hacérsela mucho más pesada y trabajosa. Uno de ellos, y no el menor, fué el andar por casas y tribunales de malos jueces, y entre los consejos de sus mortales enemigos. Pero aunque fueran apasionados, era tan impropio al Señor y Juez soberano el ser juzgado de tan bajas criaturas, que solamente el abairarse al juicio humano era un gravísimo trabajo y admirable extremo de su amor. ¿Pues cuánto más sería andar preso como iba, de juez en juez, de audiencia en audiencia, de tales y tan perversos jueces, que no habían de tratar su causa con justicia, sino con aquel enconado y entrañable aborrecimiento que le tenían? No sé que haya cosa de que los humanos corazones puedan pasmarse con más razón, que de ver aquella divina persona humanada, hasta en lo exterior gravísima y santísima, que tantas demostraciones había hecho de su divino poder y grandeza, de quien mar y tierra temblaban, á cuyo precepto la muerte y los sepulcros restituían sus cuerpos á la vida, por quien los demonios huían de los que poseían, el mar calmaba sus encrespadas olas, la lepra y enfermedades se desvanecían, á quien toda criatura terrena, celestial é infernal, sin ninguna contradicción obedecían; quien por lo que mostraba era digno de todo acatamiento y reverencia, cuya santísima presencia ofrecía admirable modestia, peso, gravedad y madurez, ver, á esta adorable persona atada con las manos atrás, con soga á la garganta, entre verdugos, delante de un juez pervertido, que le toma confesión como en los tribunales se usa con los reos, ser de un juez llevado para otros, y todos á cual peor y más perversos, en cuyas audiencias andaba el Señor tan sufrido, tan callado y modesto, que ninguna cosa era bastante para alterar, entristecer ni mudar el sosiego y madurez de su sacratísimo rostro.

Tanto se sujetó y abatió á los pareceres y sentencias, ó por mejor decir, á las perversas voluntades de sus acusadores y jueces, que ya Isaías tenía profetizado que por su profundísima humildad y abatimiento de su persona sería tenido en tan poca cuenta, que no se le guardaría justicia ni se miraría á ella, antes del todo sería

pervertida. Así fué: porque como en las juntas que contra El se tenían no se trataba de justicia, sino de cumplir la dañada pasión y mortal aborrecimiento que le tenían, en todo fué abatido, afrentado y contra toda justicia condenado por los malos jueces, como diremos adelante. A cuatro fué llevado: Anás y Caifás, que eran judíos; Pilatos y Herodes, gentiles. A Anás luego que le prendieron; á éste primero que á los demás, suegro de Caifás, sumo sacerdote, que aunque por no ejercitar en aquel año el sumo sacerdocio no le competía el juicio de esta causa, con todo eso, su yerno Caifás quiso hacerle la cortesía como á suegro y anciano, y cumplir con él á costa de la honra y descrédito del Señor; por esto mandó que le llevasen allá primero. [Tan poco caso hacían ya del celestial Maestro, y tan arrastrado le traían de casa en casa, no á que se hiciese justicia, sino á recibir afrentas!

Cumpliendo el precepto del primer sacerdote Caifás, luego que los ministros prendieron al Señor en el huerto, le llevaron á la ciudad, y dicen algunos que en el camino, al pasar por el arroyo llamado de los Cedros, de la otra parte del cual dice el Evangelista que estaba el huerto de Getsemani, no dieron lugar al Señor para que pudiese ir á su paso, dándole tantos empellones con tal furia, que cayó en el agua, y tirando de las sogas con que iba atado por el cuello y manos, le sacaron fuera, dándole muchas puñadas y bofetadas, tirándole de las barbas é infiriéndole injurias. Algunos hacen tanta cuenta de estas injurias, que de ellas piadosamente deducen las palabras de David, que literalmente se entienden de todas las aguas impetuosas de su sacratísima pasión, cuando dijo: *Beberá del arroyo del camino, y por eso levantará la cabeza*; porque por la gravísima y afrentosa injuria que padeció en pasar el arroyo, medio ahogado, por debajo de los pies de los malos, sin darle lugar para que lo vadease por los suyos, Dios le ensalzó y puso debajo de sus pies á todos sus enemigos.

Entrando con esta furia por Jerusalén, donde todo se hallaba quieto y la gente recogida, era tal el ruido que hacían y las palabras que hablaban, que la gente despertaba confusa, porque imaginando que era la prisión del Señor, se pasmaban y quedaban confusos, deseando que llegase la mañana para certificarse de lo que era. Todo esto aumentó la deshonra del Señor, porque en rompiendo la mañana todo se llenó de corrillos, espantos y juicios acerca del Señor, sobresaltados hasta ver en qué paraba el negocio, llamando unos á otros para mayor confusión del Señor, como adelante se dirá. Así llegaron á casa de Anás, que estaba ya esperando; unos se ponían al fuego á descansar, otros contaban las hazañas que hicieron, con tantas risas y escarnios del Señor, juramentos, mentiras y burlas unos de otros, como gente desalmada y tan sin temor de Dios, como suele verse en casos semejantes. Anás empezó luego á hacerle preguntas, tomándole cuenta de sus discípulos, dónde quedaban, cómo no le acompañaban, burlándose de una tal gente como había juntado, diciendo muchos dictérios contra ellos, y

que ahora vería el mundo quién era el Maestro y cuáles los discípulos. Todo esto causaba pena al Señor, pero á todo callaba el inocente Cordero, remitiéndolo interiormente al Padre Eterno, que á su tiempo manifestaría las verdades. También le preguntó por su doctrina, queriendo examinar si enseñaba la verdad, y cogérle en alguna palabra en que juzgasen había que condenar. Respondióle el Señor: «Por qué le examinaba á El en este punto, pues siempre había hablado en el templo y sitios públicos; que preguntase á cuantos le oyeron y ellos le informarían lo que había enseñado». Esta es la seguridad de la buena conciencia, que como dice y hace las cosas con pureza, sencillez y bondad, no tiene qué temer, ni anda gastando palabras en justificaciones propias, porque las obras y verdad que maneja, la defienden y sacan la cara por ella. Pues la mayor parte de los que gastan muchas palabras y caudal en justificarse delante de los hombres, parece no se hallan delante de Dios tan justos como se hacen, y tienen por imperfectas sus obras, pues no fían de ellas que muestren lo que él quiere. Pero Dios, que es justo, permite que pues las obras, deseos y santa intención de contentar solo á Dios es lo que justifica, que donde ésto falte en todo ó en parte, aprovechen poco delante de los hombres las palabras de propia justificación, y lo más común es que después de gastar en ellas mucho tiempo, cada uno queda juzgando lo que le parece. Lo mejor es fiar de Dios y justificarse con El.

Estaba junto al Señor un criado del sumo sacerdote, pariente de Malco, á quien el Señor curó la oreja en el Huerto, y éste oyendo la respuesta del Señor, le dió una gran bofetada, diciendo: *¿Así respondes al pontífice?* Dijole el Señor: *Si hablé mal, muéstrame en qué; y si bien, ¿por qué me hieres?* Tal era el juez y la audiencia de tan poca justificación, que ni la verdad le consentían decir al Señor; y delante del juez tenía licencia y atrevimiento un vil alguacil para dar bofetadas á la parte é injuriarla, sin represión del juez, antes complaciéndole; cosa que ni en juicios de bárbaros se consintió jamás, sino sólo contra el Señor. Así se comenzaba ya á pervertir contra El todo orden de cortesía y de justicia. Envió luego Anás al Señor, así atado como venía, á casa de Caifás su yerno, donde los principales judíos, fariseos y sacerdotes del templo, estaban congregados; y si de esta primera casa salió el Señor con la afrenta de una cruel bofetada, delante del segundo juez Caifás, le dieron tantas, le acriminaron con tanto falso testimonio y le hicieron tantas injurias, como adelante diremos, que no puede el corazón humano imaginarlo. En esta casa fué el Señor juzgado por blasfemo, digno de muerte y encarcelado.

En amaneciendo fué llevado á Pilatos y éste le envió luego á Herodes, en cuya casa fué escarnecido como loco, y tratado como tal, vistiéndole traje que publicase su locura, y con aquel vestido le volvieron á casa de Pilatos. En casa de éste, que era el cuarto juez, fué azotado, coronado de espinas, sentenciado á muerte contra toda justicia y de allí llevado con la cruz á cuesta á ser crucificado entre

dos ladrones. No tienen número las injurias que sufrió, las injusticias que le hicieron, el crédito que se dió á falsos testimonios, al odio de sus enemigos, la poca y ninguna cuenta que de El se hizo. Por todas estas cosas anduvo el Señor tan callado, que no dijo sino palabras muy contadas y ninguna en su defensa. Dejaba hablar, acusar y juzgar á cada uno como quería; y ni respondió por sí, ni hubo quien lo hiciese por El, hasta llegarle á costar la honra y la vida.

Tuvo el Señor, en todos estos pasos, circunstancias que le hicieron gravísimo este trabajo; logró en ellos gran victoria, de sus verdades, y dió altísimos y muy necesarios ejemplos. Dolfante mucho las ofensas que allí se hacían á su Eterno Padre, y ver la grandísima dureza y perversa malicia de los corazones de sus enemigos; porque como amaba á los mismos que le hacían mal, éste su perfectísimo amor le hacía sentir más el mal que aquellos infelices se hacían, que el que de ellos recibía; porque los males que sufría por ellos, eran los medios por donde los podía y deseaba salvar; y los que ellos se hacían á sí mismos, en los pecados que cometían y en la dureza de corazón, eran los que habían de condenarlos, y sentía el Señor mucho ser ocasión de su perdición, siendo el verdadero Salvador á quien tenían delante y de quien pudieran aprovecharse para la salud de sus almas, si la malicia no los cegase.

Acreecentaba el dolor del Señor el ver que El mismo era el Soberano Juez que había de juzgar á aquellos que le estaban juzgando, y que ninguna cosa deseaba más que morir por ellos y darles favorable sentencia; pero todo esto se hallaba transformado; porque les decía las verdades eternas para alumbrarlos, y ellos cerraban sus corazones de tal suerte, que el Abogado se convertía en Fiscal acusador y justo Juez condenador de sus maldades. Quien conozca el corazón de Jesús y la perfección de su amor, entenderá cuánto más suave le fuera sufrir mucho más con ganancia de aquellos perdidos, que obligarle su divina justicia á condenarlos por los males de que no se habían de arrepentir, y que legaría tiempo de causarles muerte perpetua, el mismo medicamento ordenado para la vida eterna.

Alcanzó el Señor por estas audiencias gran victoria de sus divinas verdades, mal entendidas entonces, pero después divulgadas por el mundo á banderas desplegadas, y con toda firmeza conocidas; porque hallándose las puertas abiertas ante los malos jueces para toda falsedad, malicia, falsos testimonios, y buscando infinitos ardidés para desmentir las verdades del Señor y abatir y deshorrar la perfección de su santísima y perfectísima vida, sirvieron todos de realzar la hermosura y luz de sus obras y palabras; porque todo el ingenio de la malicia no pudo hallar cosa que decir contra El con verdad, ni tacha que ponerle. A sí misma se mordía la malicia rabiosa; arrojaba la envidia toda su ponzoña; vengábase el odio mortal en injurias, bofetadas y gritos que atronaban al mundo, y contra el callado Cordero no se hallaba justa querrela; antes la misma

malicia de los acusadores era testimonio de su inocencia purísima. Salió la verdad con la suya, y la malicia parlera y atronadora quedó confusa, porque las tinieblas no tienen jurisdicción contra la luz, ni la maldad con la perfecta santidad, ni la mentira contra la suma y eterna verdad; antes bien, la luz resplandece más en las tinieblas, y si ellas no la encienden, no deja por eso de quedar más lúcida y victoriosa. Por tanto, aunque era muy impropio que anduviese el Señor por audiencias y juicios, y tales como aquellos eran, con todo eso quiso pasar esa afrenta y trabajo, para que su doctrina y vida pasase por el examen riguroso de justicia, y fuese notorio al mundo que todo en El era santo, todo tan puro y tan perfecto, que ni la malicia humana, que en aquellos tribunales parecía infernal, pudo descubrir tacha, y por sus mismos contrarios quedásemos nosotros más asegurados en la verdad.

Gran reprehensión y doctrina da el Señor en ésto á los que por autoridad de su persona, por presunción de sí mismos ó por los respetos que su humanidad ó vanidad les suministra, se afrentan de que sus cosas se reduzcan á juicio y se desdennan de sujetarse á justicia ante otros que reputan interiores. De estos tales, dice el Señor, que el que obra mal aborrece la luz, y no quiere salir á ella porque no sean sus obras reprendidas. Esta es refinada soberbia de los que huyen del juicio de sus menores é inferiores, y clara prueba de que desean valer más por autoridad y crédito de su persona que por la verdad de sus obras. Si no eres justo, concéte y no finjas, pues tienes por Justo juez á este Señor, tan mal juzgado. Si eres justo, no te pese de mostrarlo en juicio. Si mereces reprehensión, no quieras que la edad ó vanidad te excuse ó te disculpe; y si no la mereces, ¿quién pierdes en dejar que se descubra tu razón? Y cuando los jueces fuesen tales, que con fundamento te puedan recelar su mal juicio, no es pequeña ganancia sufrir y padecer con Cristo; debiendo estar seguros de que como verdadero Juez ha de salir por la verdad del modo que menos imaginemos, si nos fiamos de El; y cuando permitiese que vaya adelante la malicia del mal juez, queda á su cuenta la causa y la venganza, para acrecentar al mal juzgado muchos bienes por su paciencia, y restituirle en el día del Juicio, delante del cielo, de la tierra y del infierno, en pública y general audiencia la honra que injustamente le quitaron entre pocos testigos.

Otra altísima y perfectísima doctrina es la del admirable silencio que guardó el Señor en estas audiencias por donde anduvo, doctrina de todos adorada, de pocos entendida, menos imitada, y de muchos (que es peor) tenida por rigurosa; que es fiarse tanto de Dios, que con sólo el silencio pretenda vencerlo todo por su amor. Quien buscare paz perfecta de corazón, entrañable odio y desprecio de sí mismo, puro amor de Dios y deseo perfecto de contentar solo á El y de imitarle, éste conocerá cuán mal empleadas son las horas que se gastan en acudir por la propia reputación; cuánto se gana en perder con los hombres, y cuán poco se aventaja con ellos. Sé que la ley de Dios no obliga á tanto; sé que hay estados públicos y obli-

gaciones en que no me meto, y también sé que lo perfecto practicado por Cristo é imitado sencilla y perfectamente, no puede perjudicar á nadie. De El dijo Isaías (como arriba apuntamos), que por su grande humildad le quitarían su justicia; pero de los frutos de esto añade: *¿Y quién podrá contar su generación?* Pues si el silencio del divino Maestro produjo tantos Santos, tantas religiones, tantas divinas verdades, tantos bienes celestiales, ¿el callar por su amor, por no inquietar el alma y por contentar solo á El y parecerse á El, carecerá de frutos? ¡Oh, si Dios mostrase á todos los corazones estas verdades y diese á conocer al mundo la paz, el gusto, el reposo, la riqueza de las almas que afluviaron por este suave camino de la perfecta mortificación! Estas vieron una semejanza del paraíso en la tierra. Mas el que no llega á tanto, pareciéndole rigor tanto callar, sea á lo menos mirado y contenido en el hablar y confie más en Dios que en su justicia, para tener de su parte al mismo Dios.

EJERCICIO DE SER LLEVADO POR TRIBUNALES

¡Oh mi buen Jesús! ¿Es este vuestro lugar? ¿No os es más propio andar de lugar en lugar obrando vuestras acostumbradas maravillas, enseñando vuestras soberanas verdades y andar de templo en templo, á ser adorado y servido como quien sois? Oh, ¿no es más propio vuestro andar de corazón en corazón, á ser amado y abrazado con pura caridad, deseado, conocido, alabado con verdadero amor, que por audiencias de malvados jueces? Alaben os, Señor mío, cielo y tierra, adóreo toda criatura, ámeos todo limpio corazón, pues tanto os abatisteis por mí; pues siendo yo el culpado, sois Vos el acusado, mal juzgado y condenado. Adoro esos extremos de amor que me tenéis, mi buen Jesús, pues á mí sólo me sujetasteis á vuestro juicio, y Vos os sometisteis á los más perversos jueces del mundo. Adóroos, porque quisisteis pasar lo que yo merecía. Ningún mal juez me puede condenar tan mal, que yo no merezca más; y ninguno puede ser tan bueno para Vos, que conozca toda la adoración, servicio y amor que merecéis. Mas porque no me podía ir bien sino siendo juzgado con misericordia, quisisteis Vos ser mi juez, y cargasteis sobre vuestra purísima inocencia toda la malicia de los perversos jueces que yo merecía.

¿Cuánto mejor pareciera yo, Dios mío, por casa de esos ministros, que no Vos? Porque toda su malicia no halla en vuestra perfectísima santidad cosa que pueda reprender como desea; y en mí hallará tanto que condenar, que con justicia podrán satisfacer la furia de su maldad. En mí hallarían lo que en Vos buscan; en mí ejecutarían con disculpa la ira que injustamente mostraron con Vos; en mí pudieran arrancar unos ojos que tantas malas cosas registraron; cortar una lengua que habló tantas maldades; quebrantar un cuerpo que tanto faltó á vuestro servicio; arrancar un corazón que tanto os dejó de amar; condenar obras y costumbres opuestas á vuestra ley; acabar con una vida tan mal empleada en vuestro ser-

vicio, como Vos, Dios mío, sabéis. Si querían un traidor mentiroso y falso, en mí le hallaban; si un pervertidor de todos los bienes, en mí le tenían; si un pecador á quien justamente quitasen de la tierra, viniéranse á mí, que soy quien Vos, Dios mío, sabéis. Mas Vos, misericordia infinita, verdadero amor y granjeador de mi salud, disimuláis conmigo, me guardáis para mostrar en mí vuestras misericordias, me reserváis para vuestro paternal y piadoso juicio; Vos, Señor, os entregáis al odio de esos perversos jueces, vuestros enemigos, para que falsamente os juzguen por lo que soy en la verdad, é injustamente os condenen á lo que yo merezco por rigor de justicia. ¿Qué diré, mi soberano Juez, á esta conmutación tan piadosa, y á esta tan blanda y rica misericordia? A ella me ofrezco, á ella remito todo lo que hay en mí; y pues sabéis bien por quién hacéis lo que hacéis, no permitáis que se pierdan en mí tantas misericordias; llevad este mi corazón tras de Vos por todas las casas de esos malos jueces; alumbradme para que vea las verdades que ahí me enseñáis; inflamad este corazón en vuestro amor, para que os vaya adorando y amando entre todas esas blasfemias que por mí padecéis.

Oh malos é inhumanos jueces, si supieseis á quién tenéis ahí preso, cómo trocaríais los oficios, y echados á sus pies le pediríais que se dignase juzgaros con misericordia. Mas solo para Vos, mi buen Jesús, se acabó la justicia, se pervirtieron las leyes, y no hubo memoria de la verdad. Enseñadme esa divina sabiduría de vencer con callar, triunfar con sufrir, ser justificado con no pretenderme justificar, cuando no se me guarde la justicia. Pero soy tal, Dios mío, que cuanto os veo pasar, da sentencia contra mí. Yo soy peor que todos esos jueces, porque ellos no os conocen, ni adoran; yo os conozco y adoro; creo en vuestras palabras con la fe, y alabo vuestras obras con la boca; y con todo eso, cuando se atravesara el amor propio y contradice á vuestra voluntad, os traigo atado por tantos y tan malos jueces, cuantos son mis malos apetitos. ¿Cuántas veces, mi divina Majestad, no os tuve respeto, sabiendo que estáis dentro de mí é inspirándome verdades, os di de bofetadas; os hice callar, porque hablasten y prevaleciesen mis dañados gustos? ¿Cuántas veces, como otro Anás, ó peor, quise poner faltas á vuestra doctrina para justificar mis apetitos? ¿Cuántas veces, por no ser despreciado del mundo, tuve en mí por locura vuestra doctrina, que adoro y creo con la fe, y á Vos mismo os deshonré con juicio pervertido, por seguir la vanidad de mi corazón? Misericordia, Señor, misericordia; porque aun siendo yo tal en la verdad, calláis Vos y yo me justifico; Vos os entregáis á los malos jueces; yo me quejo; Vos morís por esos mismos que no os guardan justicia, y los amáis con amor infinito; en mí duran las espinas, las quejas y los odios toda la vida. Vos os dejáis juzgar de todos, y yo quiero juzgar á todos. Oh bondad infinita, ¿cuándo se mudará esto? ¿Cuándo os tendré delante de mis ojos, espejo de mi vida, para imitaros en todo? ¿Cuándo estimaré más parecerme á Vos, que contentar á los hombres?

Oh mi Dios, mi Juez, mi sapientísimo Maestro, acabe en esta hora mi presunción. Confieso mi malicia y soberbia; deseo imitaros y propongo hacerlo con vuestra gracia, callando á todo sin diferencia. Desde ahora para siempre doy, Señor, licencia á toda criatura, para que pueda más que yo, que valga más que yo, que se levante contra mí, y venga las deshonras que tan repetidamente os hice. Bien sé, Dios mío, que si Vos no detuviérais á vuestras criaturas, todas se levantarían contra mí justamente, como contra un ingrato enemigo vuestro; mas ya que me sufrís, misericordia infinita, ya que me esperáis, no me desamparéis tanto tiempo, no ande tantos días perdido; comenzad ya á convertir este corazón; transformadme en Vos, perfección soberana; dadme perfecto amor para todos los que me tratan mal, me juzgan ó me hacen mal; pues ahí está la sabiduría divina que me enseñáis. Vuestro profeta Isaías se admiró de los grandes frutos que sacasteis de muchas almas redimidas, no guardándoos á Vos justicia por amor de ellas, y sometiéndos con humildad á malos Jueces; y yo ¿qué mucho haré en hacer por amor vuestro, mi Dios y amor mío, lo que Vos hicisteis por mi pecador, para coger los frutos de amor, luz, sabiduría divina, y vida eterna que me merecisteis? Oh Señor mío, yo soy quien soy, y Vos quien sois; esto ha de ser obra vuestra; porque aunque propongo y deseo imitaros, Vos lo habéis de perfeccionar con vuestra gracia. Haced, Señor, en mí lo que deseáis; poned en mí lo que de mí queréis, para que cuando me buscáreis me halléis todo hecho á vuestra voluntad.

¡Oh, quién se viese buen Jesús, preso por Vos, abatido del mundo, afrentado de los hombres, mal juzgado de todos y con todo eso pacífico por vuestro ejemplo, por vuestra gracia callado, sufrido, contento y abrazado con Vos con amor puro! ¡Oh, cuán rico, cuán sabio, cuán satisfecho me hallaría, cuando de corazón os dijese mi interior: Dios mío, bien mío, todo perfecto, mi abundancia consumada y mi hartura cumplida! Así, mi Jesús, venid á este corazón; venid á este pobre, ingrato y miserable que os desea para hacer con Vos perpetua alianza y misión. Dejad ya esas casas de malos jueces. Si por malos os contentan, yo soy peor que ellos; si por sufrir abatimientos los buscáis, en mí tenéis harto que sufrir; si por convertir alguna alma os detenéis, aquí tenéis mucho que mudar en mí; si por hacerme mercedes esperáis, venid, Señor, á mí, que con eso quedaré satisfecho. Entrad en esta alma, luz clara de mi corazón, aquí os reconoceré, aquí os adoraré, aquí os amaré, aquí me abrazaré con Vos, aquí os prenderé; y no diré con Jacob, que no os dejaré hasta que me bendigáis; sino con la Esposa, que os prenderé y nunca os soltaré.

¡Oh, cuándo llegaréis, Señor! ¡Cuándo os veré, luz de mis ojos, mi amor y mi suavidad! Si el fruto de que seáis juzgado contra justicia y que ningún juez os la guarde por vuestro grande abatimiento, silencio y humildad, es hallar por ese camino, como dice Isaías, muchas ovejas perdidas que ganéis, muchas almas erradas que en-

caminéis, muchos hijos que os amen, muchos ciegos que os conozcan, muchos errados que os deseen y posean; yo, yo, Señor, soy la más perdida y más errada oveja de todas. Halladme, Salvador mío; encaminadme, Redentor mío; ganadme, Señor mío; llevadme á Vos, buen Pastor. Yo os adoro, os conozco y deseo amaros de todo corazón. Purificadme, limpiadme, hacedme tal cual Vos queréis que sea.

¡Oh, cuánto mejor estoy en vuestras manos, que Vos en las de esos jueces! Porque Vos, viéndos delante de ellos atado, callasteis y os entregasteis del todo, como si de ellos pendiera vuestro remedio; y todos os pervirtieron la justicia. Yo, si me dejare en vuestras manos, mi verdadero Juez y amigo, puedo hablar, puedo clamar y ser de Vos oído y alcanzar la deseada misericordia. En esas manos crece mi juicio; hallo en ellas la justicia que me falta; y no sé lo que me ciega, que huyo de Vos, y quiero más el juicio del mundo, que á Vos. Todos me buscan para hacerme mal; y solo Vos, Padre mío, eterno y blando Juez, buscáis mi bien y ponéis de vuestra parte todo lo que falta para adquirirme justicia con provecho, y con todo eso huyo de Vos, y os dejo. ¡Oh, quién nunca os huyera y dejara! Aquí me vuelvo, Señor, aquí me someto á Vos, aquí me entrego en esas manos; recogedme en ese Corazón, cerradme en ese pecho, unidme á ese vuestro espíritu, sujetadme del todo á vuestra voluntad para que viva, para que acierte, para que me aborrezca, para que os ame, para que os posea. ¡Oh mi Dios, oh mi amor, oh mi Juez, mi Pastor, mi Jesús, para siempre, para siempre, para siempre!

¡Oh Madre de Dios sacratísima y purísima Virgen!, en cuyo corazón reinó siempre este Señor, y sólo en él tuvo en este mundo perfecta morada de sus descansos; pues sois Madre de pecadores, ayudad á este miserable que está delante de Vos. Mostrad esas piadosas entrañas de Madre en alcanzadme del Señor las verdades, que tan puramente me enseña, para que sean siempre el norte de mi vida. ¡Oh corte celestial, que perpetuamente veis las grandezas de este Señor, y sois el fruto seguro de sus trabajos, alcanzadme el espíritu de que ya vivís, para que por la humildad de este Señor merezca vuestra compañía para siempre. Amén.

TRABAJO XXX

Falsos testimonios.

Surrió el divino Cordero en casa de Caifás, que fué el segundo juez donde le llevaron, gravísimos trabajos y afrentas. El primero fué muchos falsos testimonios que le levantaron, el cual es un género de trabajo de los que peor sufre nuestra naturaleza. Estaban en casa de este sumo sacerdote juntos todos los enemigos del Señor, con mucho sobresalto, hasta saber de cierto lo que pasaba en su prisión, recelando fuese en vano, como otras veces había sucedido. Y luego que supieron venía preso, fué para ellos extraño el alborozo, y mucho más cuando le vieron entrar atado y que te-

nían en la mano la presa que tanto deseaban, y mostraron el placer con risotadas, dichos y burlas del Señor. Lo principal de que en aquel consejo de sacerdotes, letrados de la ley y príncipes del pueblo se trataba, era de la vida y doctrina del Señor, y hallar pretexto con que le pudiesen acusar para quitarle la vida. Mas como la del Redentor era tan santa é inculpable que jamás la mayor malicia, odio y envidia de sus mortales enemigos, pudo hallar el más mínimo lunar con que deslucirla con verdad; pervirtieron en aquel consejo todo el orden de justicia, desvelándose en buscar falsos testimonios é inventar alguna mentira, con que á lo menos pudiesen dar color á lo que hacían, ordenado todo á quitarle la vida. Alegaron muchos falsos testimonios. Unos le acusaban de blasfemo contra el templo, levantándole haber dicho que le derribaría y en tres días le volvería á levantar; siendo así que la sentencia del Señor fué, que cuando ellos destruyesen su cuerpo por la muerte, El en tres días lo volvería á levantar. Y no podían negar que habían entendido bien esta sentencia en sentido de la resurrección de su cuerpo; porque lo que ahora alegaban en sentido falso, lo propusieron después en verdadero sentido, cuando pidieron á Pilatos que mandase guardar el sepulcro, porque había dicho que resucitaría al tercer día.

Otros se presentaron acusándole falsamente de que prohibía pagar al César los tributos; siendo así que les había intimado en público que diesen á Dios lo que es de Dios y á César lo que es del César; y á San Pedro le mandó que fuese á pescar y hallaría dentro de un pez moneda con que pagar por los dos. Otros le levantaron el que se hacía Rey; siendo así que huyó á la otra parte del mar cuando cinco mil hombres le querían declarar por Rey; y á este modo le imputaban muchas cosas que ellos claramente conocían que todo el mundo sabía ser mentira; y esto los hacía consumir, sentidísimos de no hallar cosa firme con que destruirle; porque era á todos tan clara la inocencia del Señor, la pureza y santidad de su vida, que sin responder ni hablar por sí, eran los mismos enemigos testigos ciertos de la verdad. Encendiase mucho más la envidia para hallar ó inventar nuevos testimonios falsos; y como no era posible encontrar en aquella clara y divina luz del cielo la más pequeña sombra ni apariencia de culpa, trabajaron por ver si le podían coger allí alguna palabra; y para darle ocasión se levantó el sumo sacerdote Caifás, y dijo al Señor, lleno de indignación y rabia: ¿No respondes nada á cuanto aquí se alega contra tí? A esto no respondió el Señor; así porque sabía que no había de aprovechar, como porque estaba determinado á sufrir y padecer; y no quiso decir nada con que confundir á los malvados é impedir los tormentos que tanto deseaba, cosa que le fuera muy fácil, como principalmente por el ejemplo que deseaba dejar en sí mismo á sus siervos, de cuán poco caso deben hacer de las malicias humanas é industrias que el mundo y sus seguidores les armen, cuando con limpieza de conciencia tengan á Dios

por sí; porque El es el seguro amparo de los suyos y siempre vuelve por ellos.

Viendo el sumo sacerdote que nada aprovechaba para hacer quebrantar al Señor su silencio sentísimo, le conjuró de parte de Dios vivo que le dijese *si era el Hijo de Dios*. Pregunta era ésta para poder esperar que con la verdadera respuesta mudase todos su malicia y odio en adoración de aquel Señor, y en dolor del mal que le habían hecho. Pero es tal el corazón humano cuando se determina al mal, que todo aquello que le puede aprovechar, lo convierte en ponzoña, como éstos hicieron. Con todo eso, quiso el Eterno Padre, no sin divino y eterno consejo, usar de tan mal instrumento como era aquel perverso sacerdote, para que sirviese á Cristo de ocasión de manifestar con claridad á sus enemigos en público la verdad de su ser, que hasta allí nunca le había manifestado tan claramente, y dejarnos antes de su muerte certeza de sí mismo, descubriendo lo que tanto nos importa saber. Así, en oyendo el Señor el nombre de Dios vivo, por el cual era conjurado, respetando más la honra debida á tan divino y soberano nombre, y mirando al provecho de la fe de su Iglesia, más que á las injurias, afrentas y tormentos que por la respuesta había de padecer, llegando hasta costarle la vida, respondió claramente: *Yo lo soy; y os digo de verdad, que me veréis sentado á la diestra del Padre y venir en nubes del cielo á juzgar al mundo*. Así ha de ser; porque aunque los perversos judíos que se condenaron, no han de ver la divina esencia, verán á Cristo en el día del Juicio para su confusión sentado á la diestra del Padre; esto es, Señor de los principales y más excelentes bienes de la gloria, y Señor juzgando con majestad á los que le juzgaban. Entonces la vista del Señor, que será toda la consolación y alegría de los justos, para los malos será sumamente terrible y espantosa.

Al oír el sumo sacerdote aquella respuesta, como no hizo la pregunta para creer, sino para oír públicamente de su boca lo que tenía por blasfemia para condenarle, al punto rasgó sus vestiduras, que era indicio con que los judíos acostumbraban declarar algún gran sentimiento, especialmente cuando veían ofendida la honra de Dios, y dijo en alta voz: Blasfemó; ¿qué más testigos queremos? Vosotros mismos habéis oído la blasfemia; ¿qué os parece? Todos sentenciaron unánimes que era digno de muerte y resolvieron procurársela; y dando contra el Señor, le trataron tan injuriosamente como adelante diremos.

No les parecía con todo eso bastante causa para darle muerte de cruz como deseaban, porque para ello debía intervenir la sentencia del Presidente romano; porque á éste, como gentil é idólatra, se le daría poco de las cosas de la ley judaica y que se hiciesen hijos de Dios cuantos quisiesen. Por tanto, resolvieron hacer de las verdades del Señor mentiras, y de sus falsedades apariencias de verdad, y á fuerza de gritos y porfias salirse con la suya contra el inocentísimo Cordero. Con esta determinación, añadieron á esta

suma verdad de llamarse Hijo de Dios, que ellos reputaban blasfemia, otros falsos testimonios; que impedía pagar el tributo al César y que se hacía Rey; los cuales eran delitos de muerte, y bastarían para que Pilatos le mandase crucificar. Sentado esto, le llevaron ante éste y Herodes; y perdida toda vergüenza y amor á la verdad, sabiendo cuán grande y cuán manifiesta falsedad era la de su demanda, le acusaron de estos delitos, añadiendo que era alborador del pueblo y perturbador de las leyes y de la pública paz, con tanta furia, tanta gritería y estruendo, que prevalecieron contra el divino Cordero, que no se defendía ni respondía, y le hicieron atormentar y condenar á muerte. Hasta aquí llegaron los falsos testimonios contra Cristo, que como cordero delante de quien le quita la lana, y como oveja delante de quien la mata, no abría, como dice Isaías, la boca ni balaba.

Juzgue cada uno por sí, cuán grande es este trabajo del Señor, y cuán altamente demostró la incomparable perfección de su santidad en sufrirlo; porque vemos que pasando los hombres muchos y grandes trabajos, en llegando á éste de falso testimonio, no digo sólo que la naturaleza no puede con la carga, sino que es muy rara la virtud que sufre y calla. Y aun cuando un siervo de Dios se determina á ello por su amor, halla en sí tantas imperfecciones que le humillan, tantas deudas y obligaciones al Señor, que sufre un mal falso en satisfacción de otros verdaderos, y ofrece al Señor la pena, dolor y sentimiento de lo que no merece, por lo mucho que le debe y por los muchos favores recibidos. Pero era tal la pureza de vida del Señor, que no había allí tacha, ni sombra de imperfección que le humillase, ni debía á los hombres lo que por ellos padecía. Sólo por amor sufría la oposición á las eternas verdades y callaba todas las falsedades, que tan patentemente le deshonraban y le causaron la muerte. Pero llega á tanto el sentimiento de este género de trabajo, que muy pocos acaban consigo á hacer estos discursos para tolerarle, y si para sufrir otros trabajos solemos hallar razones, por la mayor parte no encontramos menos para no disimular el falso testimonio infamatorio. Hasta en algunos Santos vemos, que aunque no se vengaban y perdonaban esta injuria, con todo eso, se dolían y quejaban; porque este mal es tan doloroso y terrible, que la mayor parte de la gente no sólo mundana, sino aun de la que profesa santidad, halla pretexto de virtud y honra de Dios para no disimular; ya mirando al buen ejemplo, ya por crédito de la misma virtud, ya por respeto al estado, ó ya por otras causas que haciendo disimular la culpa, mueven á mirar por la honra. Pero suponiendo que el Señor no obliga á tanta perfección como mostró de sí mismo, tenga por averiguado el que desee seguirle perfectamente, que ningún ejemplo de virtudes morales, por heroico y perfecto que fuese, nos dejó el Señor, que no pueda ser imitado; ni puede haber contra esto tan vivas razones, que no haya otras de mucha mayor fuerza, que el espíritu de Dios suministra al corazón iluminado, confirmadas por vivos y poderosos ejemplos de varones apostólicos, y por Santos de

vidas muy perfectas. Por tanto, el que no llega á lo perfecto, dé gracias á Dios de haber usado con él de tanta misericordia, que no le obligó á lo que le espanta su flaqueza; pero alábelo donde lo viere, y cuando lo viere lejos de sí mismo, desee tenerlo consigo.

Aprendamos de este divino Maestro el verdadero modo de conservar la honra, que es vivir de tal suerte que no puea la escandalizarse de nosotros el prójimo; porque del que no hace caso de dar de sí mal ejemplo, dijo nuestro padre San Agustín: Que quien desprecia su honra es cruel. No aprueba en esto el Santo solicitarla con ocupación de negocio, ó con desordenado sentimiento de que la quite; pero obliga á conservarla con buena vida y con santos ejemplos. La modestia y recogimiento exterior, la fervorosa ocupación del interior de Dios, la paciencia, silencio y sufrimiento en los trabajos, el cumplir con las leyes del estado, el hacer bien á todos, huir de pecados y otros muchos ejercicios de virtudes, es lo que honra y acredita al hombre, sin cuidar él de la honra, y es lo que más confunde las lenguas de los maldicientes. Esto vemos que era lo que confundía la malicia de los judíos entre los falsos testimonios que levantaban al Señor, callando Él á todo; y el verdadero imitador que por aquí camine, va seguro. Es verdad que el secreto de sufrir falsos testimonios por amor de Dios, sin responder, y de la victoria y triunfo de callar y sufrir, es dificultoso de entender y manifestado á muy pocos. Pero es cierto que es grande la virtud que aquí llega, y singular la gracia que levanta al humano y flaco corazón á este sagrado estado. Y no es menos cierto, que si hay en esta vida estado abundante y fértil de bienes soberanos, y establecido en la dichosa región de una perfecta paz, lo es éste sin duda. Y ya que la lengua no lo sabe declarar, dese crédito á los experimentados. Basta que siendo éste el trabajo del Señor, acaso mayor de todos, y su virtud más admirable y menos entendida, en ella y por ella tuvo su consumada victoria; y basta el haber prometido, á los que le siguiesen, trono triunfante en que se verá vencedor y Juez de los que le juzgaron.

EJERCICIO DE LOS FALSOS TESTIMONIOS

¡Oh gloria y honra de los justos! ¡Oh camino de la gloria, verdad y vida! ¿Ni este género de injuria y afrenta quisisteis que os faltase por mi amor, y sufristeis que levantasen testimonios falsos á vuestras eternas verdades? Adóroos, mi suma verdad; adóroos, soberana pureza; adóroos, Hijo del Eterno Padre, Dios, Rey y Señor verdadero. ¿Qué pudo el mundo hallar en Vos, que le escandalizase, y que con verdad pudiese condenar? ¿Qué cosa puede decirse contra Vos, que no sea blasfemia? Y con todo eso, de vuestras soberanas verdades hacen mentiras; de vuestras obras purísimas sacan culpas, y de vuestra santísima doctrina, falsedad; y por las verdades os condenan como si fuesen mentiras y blasfemias. ¡Oh amor de mi alma, qué género de afrenta y de tormento es éste, tan contrario á lo que Vos merecéis! ¡Y aún todo esto no basta, Dios mío, para que yo me

goce de parecerme á Vos! ¡Oh, cuán diferente y cuán lejos de Vos me hallo en todo! ¡Cuán sentido en los puntos en que imagino estar mi honra! Qué presto os pierdo de vista, cuando me tocan en cosa que no hago ó en que juzgo que padece mi crédito, y estimo más honrarme con el mundo que parecerme á Vos.

A Vos no pudo el mundo imputar culpa que fuese verdadera; y cuando contra mí se levanta cosa que sea falsa, Vos, mi verdadero Juez, sabéis cuántas otras hay en este corazón verdaderamente malas ó peores. ¡Oh mi Dios y conocedor de mi interior! Vos sabéis que si viese el mundo la abominación de mis pensamientos y deseos, manifiesta á vuestros purísimos ojos, huiría de mí la gente, cuando me quiero justificar con ella. Poco es lo que hacen para lo que harían si viesen públicamente los males de mi alma, que delante de vuestros ojos confieso; y si conociesen lo mal que correspondo á las obligaciones que os tengo, ¿en cuán diferente cuenta me tendrían de la que me tienen? Y siendo yo tal en vuestra presencia y encubriéndolo Vos, que podéis manifestarlo al mundo, con todo eso es mi soberbia tal, que no me conozco y me quiero justificar con los hombres; no sufro que me pongan la más pequeña nota en mi honra, desdémome de imitaros, y téngome por abatido cuando padezco alguna mínima parte de lo mucho que Vos tolerasteis.

Vos me enseñáis á defender la honra con limpieza de conciencia, rectitud de acciones, santidad de ejemplos, sufrimiento de injurias; y yo con una conciencia tal como Vos veis, sin virtud y sin bondad, sólo con la impaciencia y con la lengua quiero hacer reputación de lo que Vos me mandáis despreciar. ¡Oh Señor, tened misericordia de mí! No me apartéis de Vos; plantad en mi corazón estas verdades, haced que las crea y que den fruto. Quitad de mí la estimación de mí mismo y del mundo. ¡Oh, cuán bajo soy y para poco, cuando estimo cosa de la vida, y honra, por grande que sea, fuera de Vos! ¡Cuántas veces, Señor, pienso que os honro en salir por mi honra, y que os ofendo, si por parecerme á Vos, sufro deshonra! ¿Dónde está mi verdadera sabiduría y mi verdadera luz? Si esa que adoro en Vos es la verdadera, ¿cómo no la quiero en mí para imitarla? Si es luz clara, ¿cómo anda en mí tan obscura? ¿Cómo no veo siempre que callando y sufriendo por vuestro amor, no respondiendo y dejándome en vuestra providencia con el fin de imitaros, se acrisola más mi honra, se justifica la verdad y la virtud, más que hablando, inquietándome y respondiendo por mí? Perdonad, Señor, que os pregunte, pero tened por bien responderme, alumbrarme é inflamarme en el amor de estas verdades. ¿Dónde está, Dios mío, el sol de verdadera justicia, esta luz, esta tan clara pero tan escondida verdad? Oh mi Señor, mi Maestro, mi Dios y mi Pastor, espejo de eternas verdades, que aunque la fe todo lo crea, dejasteis en Vos encubierto el resplandor y luz de esta verdad, para que no la gustase ni entendiese sino el amor y la experiencia del que tiene verdadero deseo de imitaros. Pues, Señor, aquí estoy ciego, alumbradme; dadme una ascua de vuestro amor; enseñadme en lo interior á

que me entregue con gusto y fe pura en vuestras manos, para que vea esta luz, para que la imite y para que ande siempre viva dentro de mi corazón.

¿Cómo me puedo ir mal pareciéndome á Vos? ¿Qué es este mundo para mí? ¿Qué le debo ó qué bien me puede hacer para que yo me afrente por él de parecerme á Vos? Juzga el mundo como ciego; aprueba y reprueba como errado; persigue á los vuestros como enemigo; prométe y no cumple como falsario; engaña como lisonjero, y honra á son de trompeta, que luego pasa. Vos, mi Dios, honráis como eterno; prometéis y cumplís como verdadero; guardáis justicia como recto; satisfacéis lo que por Vos se tolera como omnipotente; abrazáis y llenáis de suavidades á los que se huelgan de parecerse á Vos; y con todo eso huyo de Vos para el mundo; se me hace muy pesado despreciar su honra por la vuestra, y antes quiero contentar á la vana opinión de los mortales que á la eterna verdad que en Vos adoro. Oh misericordia infinita, ¿cuándo veré esto en mí mudado? No tengo, Señor, con qué obligaros á que me hagáis la honra de asemejarme á Vos, sino esto mismo que por mí estáis padeciendo. Mudad en Vos este mi terreno corazón. Me corro, Señor, y me avergüenzo de verme tan lejos de la estimación de estas verdades, pero al presente esta es mi voluntad; propongo sufrir con vuestra gracia por Vos, todo falso testimonio, toda injuria y afrenta que se me hiciere; perdono de corazón todo lo que hasta aquí se ha hecho ó dicho contra mí y todo lo que me resta que pasar; á toda criatura que me haya ofendido y tenga obligación de restituirme la honra, la indulto por vuestro amor de aquella obligación; no quiero, Dios mío, otra honra ni otro crédito sino con Vos, y lo que Vos me quisieris dar para vuestra gloria; no permitáis que ninguno ante Vos padezca por mí algún mal; dad á todos los que me lo hacen bienes por males, y unidos á Vos con mucho amor. Y si este fragil corazón no se halla en este deseo y propósito tan entero y firme como al presente deseo y Vos queréis, Vos, Señor, perfeccionadlo en mí. Alumbradme, mi Dios; no encubráis los rayos de vuestra luz; penetren en mi corazón las llamas de vuestro amor, que muden su brutalidad con verdadera imitación y en unión vuestra. Dadme Vos, Señor, ó quitadme el crédito con los hombres, como más convenga á vuestra honra y gloria; pero quitadme que lo estime cuando me lo diéreis, y que nunca se aparten de este corazón deseos de desprecios y abatimientos; sino confirmadme en un firme gusto de padecer con Vos, cuando os parezca que vulnere mi crédito.

Pero, Dios mío, ¿qué es esto que os imputan esos malos Jueces? Dadme, buen Jesús, licencia para que, pues todos juzgan tan mal de Vos, os reconozca yo y adore por quien sois. Os acusan, mi soberano dueño, de que os hicisteis Hijo de Dios, y por falso Dios os condenan. Y erran, mi soberano bien; porque no os hicisteis falsamente Hijo de Dios, sino que lo sois en verdad, engendrado por el Eterno Padre. Yo, Señor, postrado con cuanto amor y fe puedo an-

te vuestra Divina Majestad, cubierta en esa sagrada humanidad, os adoro por verdadero Hijo de Dios, Dios eterno, omnipotente, infinitamente sabio, bueno, grande, soberano é igual en todo á vuestro Eterno Padre. Vos sois toda mi bienaventuranza, riqueza consumada de todos mis bienes, tesoro de todas las grandezas de la gloria. Digan esos intelectos lo que quisieren, Vos sois, mi amor, mi gloria, mi soberana hermosura, mi bienaventuranza. A Vos adoran los serafines, los querubines y toda la corte celestial; yo, gusano de la tierra con ellos y con toda criatura, os adoro por mi verdadero Dios é Hijo del Eterno Padre. Vuestras obras os descubren; vuestras maravillas os dan á conocer; sólo la malicia y ceguedad humana os desconocen. Cuando Vos, mi eterna hermosura, mostráis algún rayo de vuestro divino rostro á este ciego corazón, oh, cuán claro conoce que sois el verdadero Hijo de Dios, y en sí por vuestras soberanas operaciones lo experimenta, y de todos modos lo cree así mi fe. ¿Pero cuándo vendrá aquel bienaventurado día, y aquella dichosa hora, en que por experiencia os diga mi alma presa de vuestra hermosura: Vos sois mi Dios; Vos sois mi Señor; Vos sois mi amor; y no sepa yo amar, ni estimar cosa fuera de Vos, oh Dios, oh mi amor y todo mi bien?

Os juzgan digno de muerte por haceros Rey. Pero Vos, Señor, no estimasteis ser Rey en la tierra, y encubristeis y huisteis de parecer que lo érais. Mas ¿á quién obedeció el mar, cuando sobre él anduvisteis y calmó su furia á vuestro mandato? ¿A quién obedecieron la muerte y las sepulturas, cuando por vuestra palabra resituyeron á la vida sus muertos? ¿A quién obedecieron los demonios, cuando por vuestro imperio salieron de los cuerpos que poseían? ¿A quién obedeció la salud, cuando por vuestra virtud sanaban los enfermos? ¿A quién, sino á su único Señor y verdadero Rey? Adóroos, mi Rey y mi Señor. Vos me gobernáis con sabiduría, me proveéis con liberalidad, me castigáis con justicia, me perdonáis con misericordia, me dirigís con sapientísimo gobierno, me enseñáis con leyes justísimas, me enriquecéis con grandísimas mercedes, premiáis mi servicios con riquísimos dones y me defendéis con soberano poder. ¿Qué vieron éstos infelices en Vos, para reputaros falso Rey? ¿Por ventura, vuestras obras no descubrían vuestra Majestad, y no la confesaban los demonios? Venga, Señor, á mi vuestro Reino; reinad aquí sin contradicción; condenen como quisieren esos desdichados; yo os reconozco, adoro, recibo, abrazo y me rindo á esos pies, como á verdadero Rey. Tened, Rey mío, cuidado de esta alma y concededla que siempre os sea leal, nunca traidora, y que sólo me precie de vuestra bandera y servidumbre.

Os imputan, Dios mío, que prohibís el pagar los tributos. ¿Quién más libre de esa obligación que Vos, Dios eterno y Rey soberano? Y con todo eso antes de nacer fuisteis á Belén á reconocer vasallaje; y en naciendo se pagó por Vos tributo al César; San Pedro pagó por vuestro mandato, no solo por él, sino por Vos; y mandasteis que se diese al César lo que es del César; y con todo eso habiendo

hecho más de aquello á que estabais obligado, ¿os condenan á fuerza de voces y de gritos, con tan falso testimonio, y calláis y no respondéis? Tal sois Vos, Señor, que siempre recibís males por bienes, mentiras por verdades, injusticias por igualdades. Adóroos como recto juez, no robador, sino dador de todos los bienes. ¿Qué necesidad tenéis de tributos de los reyes de la tierra, pues todo lo dais Vos, todo es vuestro y todo por amor mío lo despreciasteis? El tributo del corazón es el que prohibís que no se dé al mundo, el amor del alma mandáis que no se dé sino á Vos. Si de esto os acusan, es verdad; y pues por esto morís, yo os amo, Dios mío, yo os entrego esta alma, por la cual no quiero pagaros tributo, sino entregáosla toda y daros todo mi amor. No permitáis que tenga parte en este corazón cosa fuera de Vos.

Os acusan de perturbador y alborotador del pueblo. ¡Oh falsos y traidores! Vos, mi buen Jesús, sois el verdadero pacificador; Vos nos reconciliáis con el Padre Eterno; Vos nos enseñáis la verdadera y perfecta doctrina; Vos purificáis nuestra fe; Vos quitáis las falsas inteligencias de la ley del Señor; Vos sembráis la ley de amor; Vos unís los corazones en puro amor vuestro y verdadera caridad de los prójimos. Cuando las almas os oyen y siguen, todo es pacífico; cuando de Vos se apartan, todo es inquietud, todo perturbación. ¿Qué inquietudes, qué alborotos causasteis en el pueblo, mi Dios? Tolerasteis las maldades de todos; prometisteis el reino de los cielos; recogisteis á los pecadores; curasteis sus dolencias; alumbrasteis sus ceguedades; manifestasteis el camino del cielo; ¿y á esto llaman perturbar y alborotar el pueblo? Bendito seáis, Dios y Señor mío, pues á tan claros y falsos testimonios, levantados sobre tan perfectas obras é inocencia tan manifiesta, calláis y os dejáis condenar por lo que no sois. Adoro esa paciencia, adoro ese amor que todo os lo hace sufrir. ¿Cuándo, Dios mío, prenderá en mí ese fuego?

¡Oh Madre de Dios sacratísima, en quien vuestro Hijo unigénito, como perfecto observador de la ley, no sufrió que ninguno pusiese falta ni falso testimonio, Vos lleváis la mayor parte de este trabajo; porque lo que os faltó en falsos testimonios, crece en verlos en vuestro Hijo, en quien los sentís más que si á Vos misma fueran levantados! Alcanzadme gracia para no tener más honra que parecerme á este Señor. Alcanzadme que no tenga más gloria que padecer con El, vivir abatido con El, deshonrado con El y debajo de los pies de todos por El. Sean los demás oídos y yo olvidado, para que de El y de Vos sea reconocido como vuestro. ¡Oh ángeles que adoráis estas verdades, Santos que las imitasteis, corte celestial que con ellos os pobláis y enriquecéis, alabad por mí, amad por mí, engrandeced por mí á este Señor, para que tenga por bien enseñármelas; y alcanzadme virtud y fuerza para amarlas, estimarlas y practicarlas, y no querer otra vida, ni más honra que amar y parecerme á Jesús! Amén.

TRABAJO XXXI

Bofetadas.

TRA tan grande y tan evidente la falsedad de las cosas que los fariseos y príncipes del pueblo levantaron contra Cristo, para acusarle de ellas ante Pilatos á fin de que le condenase á muerte, y tenía el Señor tan grande y justa reputación con el pueblo, tanto nombre y fama entre todos, que con razón temieron mucho sus contrarios que no valiesen nada sus falsos testimonios para desacreditarle con el pueblo y obtener del juez que le condenase á muerte de cruz, como ellos deseaban. Recelaban que sus ardidese desvaneciesen acrecentando la honra, santidad, vida y persona del Señor, quedando ellos conocidos por falsarios y perversos; porque como la verdad y la virtud por sí mismas se defienden, así la malicia de nada se teme más que de sí misma, especialmente cuando se quiere vestir de santidad, para ocultar su ponzoña á fin de que dañe más, y la malicia no sea conocida. Pero son tan contrarios extremos la maldad y la virtud, que por más que la malicia se meta debajo de la capa de santidad, nunca queda asegurada de estar bien encubierta, y por tanto vive inquieta y acrecienta ardidese sobre ardidese, como quien de todo se recela. De este modo se verifica la verdad de la Sagrada Escritura, cuando dice: *La conciencia perturbada presume siempre crueldades*; porque aunque no quiera, bien ve cuánta razón hay para que todo le sea contrario; y así como piensa de sí que todo le puede perjudicar, así nunca cesa de buscar modos para mantenerse y defenderse de todo, lo que hace juntando males á males. Así los perversos fariseos y príncipes de los sacerdotes judaicos, que en ninguna cosa se desvelaban más que en acreditarse con el pueblo y que los tuviese por santos, que no eran; lo que más aborrecían era la persona, vida, doctrina y obras admirables y milagrosas del Señor, porque á vista de ellas quedaban las suyas conocidas por cuán malas eran.

Viéndose con Cristo entre las manos para quitarle la vida, como siempre desearon, y queriendo por una parte mantener el crédito de sus personas, y por otra, viendo claramente descubierta su malicia con la manifiesta falsedad de lo que le imputaban, recurrieron á un diabólico ardid; y fué, que considerando lo mudable del pueblo, cuán inconsiderado es en sus juicios, y cuán pocos ó ningunos discursos hace para inclinarse á una ú otra parte, y lo mucho que puede con él la multitud, el estruendo y la apariencia de las cosas, resolvieron hacer á Cristo tanta multitud de afrentas é injurias, tan feas y desacostumbradas, tan públicas y excesivas, que sobrecogiesen al bruto é inconsiderado pueblo, sin permitirle pensar que cosa de tanta magnitud se hacía por sacerdotes, por letrados, príncipes, por gente farisaica que profesaba santidad, sin grande fundamento y motivo; antes bien, que ellos como hombres del gobierno, habrían

encontrado cosas recónditas que el pueblo no alcanzaba, por las cuales correspondía que el Señor fuese tratado de aquel modo.

Así le sucedió, porque al otro día después de la prisión, de repente se volvió contra el Señor todo el pueblo, que hasta allí le andaba siguiendo asombrado y mirándole como cosa propiamente bajada del Cielo. Sirvióles este ardid de satisfacer el odio tanto tiempo envejecido, y reventar con más furia, gusto y rabia en afrentar, injuriar y atormentar al Señor con sus propias manos, y de los alguaciles. Comenzaron las afrentas de este infernal ardid por muchas bofetadas, y tales, que por ellas quedó su sacratísimo rostro tan hinchado, acardenalado y desfigurado, además de haberle mesado sus sacratísimas barbas y cabellos, que aunque ésto lo hicieron de noche en una casa, saliendo al otro día en público se vió bien y se entendió lo mucho que habría aquella noche padecido. También les sirvió esta traza de ahogar la verdad de la justicia y embarazar los discursos del juez; porque Pilatos que no tenía noticia de Cristo, aunque claramente conoció su inocencia, perdió el acuerdo viendo tanta multitud de afrentas; y no pudiendo valerle contra la autoridad de los acusadores y alboroto del pueblo, le condenó injustamente á muerte.

Ya el Señor en casa de Anás había recibido una cruel bofetada, que por notable la escribió San Juan, callando otras muchas afrentas. En casa de Caifás, después que conjuró al Señor de parte de Dios vivo que les dijese si era su Hijo, y El confesó que sí, y por tanto le juzgaron todos blasfemo (como se ha dicho) en lugar de esforzarse y consolarle (como se acostumbra en los reos de muerte, para que les sea más suave el suplicio), todo aquel Consejo de sacerdotes, príncipes y fariseos le embistió como perros rabiosos para afrentarle. Teníanle los alguaciles con las manos atadas atrás, y por la soga que tenía á la garganta (acaso también por los cabellos, que eran largos), para que estuviese el rostro quieto y franco á las bofetadas. Pero no era esto necesario; porque en la ley de la paciencia y humildad tenía enseñado á los suyos, no sólo que no apartasen el rostro cuando les diesen alguna bofetada, sino que ofreciesen la otra mejilla, porque no quedase la una sola con la gloria y honra del sufrimiento de la injuria por Dios, sino que también la otra participase, á lo menos con ofrecerse, del triunfo de la paciencia.

Cuando el divino Cordero se vió en ocasión de dar ejemplo de lo que tenía enseñado, estuvo tan lejos de que necesitase sujetarle para que no apartase su sacratísimo rostro, que ya estaba profetizada muchos años antes su admirable constancia en el sufrimiento de esta injuria, expresando que no apartaría su rostro de las bofetadas, salivas y otras varias injurias que le harían. Ni se admire ninguno de ver al Señor en casa de Anás extrañar la sinrazón del que le dió una sola bofetada, y que en casa de Caifás sufre llamado las muchas que aquí le dieron; ó que en casa de Anás no empezó á mostrar el ejemplo de lo que había enseñado sobre ofrecer la otra mejilla; no lo extrañe, digo, porque como sapientísimo Maestro qui-

so acomodarse en todo á nuestro modo, para enseñarnos y alumbrarnos de todas maneras. Acostumbra nuestra flaca humanidad á ser más sentida en el principio de sus trabajos, que después de estar hecha á ellos: por lo que la paciencia, que en el principio le es muy sensible y trabajosa, llega después de la costumbre á causar complacencia. Y aunque nada de esto hubo en Cristo, porque todo en El fué muy perfecto, todavía en casa de Anás quiso consolar á los imperfectos y enseñarles á sufrir con mansedumbre, sin dar muestras de indignación escandalosa, cuando reciben alguna injuria, aunque se resentia la flaqueza, ya que por entonces no puedan llegar á la perfección de los que tienen gusto en padecer, y que á Dios le será acepto aquel modo de sufrir, mientras no pueden más. Y porque no duden que si continuaren en padecer, se les convertirá el sentimiento en gusto, y la pena en gloria de sufrir por amor del Señor (que es un estado altísimo y semejanza de gloria en la tierra) quiso su Majestad, cuando cargó sobre su sacratísimo rostro aquel gran tropel de bofetadas, callar y no negar la cara á tan grandes injurias.

Levantados, pues, los del infernal consejo y acometiendo al manso Cordero con bofetadas, como el odio que le tenían era envenenado, y fué aquélla la primera vez en que le pudieron desahogar, sin haber quién les pudiese contener, no se puede creer con cuánta furia, cuántas malas é injuriosas palabras, y con cuánta inhumanidad se vengarían en aquel rostro sacratísimo, que á nada resistía ni se retiraba. No tienen número las bofetadas que le darian, siendo tantos y dándole muchas cada uno. Cuál quedaría su sacratísimo rostro, con cuántos verdugones unos sobre otros, y cuán desfigurado de su natural hermosura, lo dejo para la consideración y sentimiento del alma que pudiese acabar consigo el imaginarlo, pues ni las palabras ni la pluma lo pueden declarar. Quedó tal (si algo se puede decir), que por grande encarecimiento de la fe amorosa de este Señor, que en nada de lo que en El vea se puede enlamecer ni resfriar, dijo Isaias, profetizando la afrenta que en esto padeció el Señor: *No tiene su hermosura, ni su belleza; mirámosle, y no lenta su parecer; así desfigurado le deseamos, y suspiramos por El, hecho el desprecio y escoria de los hombres, lleno de dolores y de enfermedad, tan desfigurado su rostro y despreciado, que no se hacía caso de El. Así subirá delante de Dios, como la raíz y la planta de la tierra seca. Verdaderamente todo esto fué tomar sobre sí nuestros dolores y enfermedades para sanarnos con su sangre.*

El mismo Profeta antes de decir esta y otras muchas cosas semejantes, tuvo para sí que ninguno le podría creer, y dice á Dios: *¿Señor, quién creerá lo que he de decir, y que esto es obra vuestra?* Por donde ya que el rostro del Señor quedó tal, que puede servir de una gran prueba de fineza de la fe y amor que sólo de su hermosura se sustenta, no desconociéndola cuando se halla tan desfigurada y encubierta, no hay duda que mal se puede entender ó

declarar cuán lastimoso y sensible le dejaron los perversos judíos después de descargar en él tanto golpe de bofetadas.

Aumentaron este género de afrentas con otro nuevo escarnio. Era el rostro del Señor tan hermoso, severo, modesto, grave, y movía á tal veneración, que ni con el mortal odio que le tenían aquellos infelices podían soltarse del todo contra El y perderle el respeto hasta donde deseaban. Demás de esto tenían experiencias de que el Señor les conocía sus pensamientos y penetraba las malicias, como algunas veces les había manifestado, y todo esto les quebrantaba algún tanto su furia; y para que no hubiese cosa que les detuviese, inventaron algunos principales enemigos de Cristo que le tapasen la cara (como lo hicieron) para que ninguno le tuviese respeto y le golpeasen con más desenvoltura y sin empacho. Teniendo así cubierto su rostro y siendo ésta la primera hora de placer que su odio tuvo en poner libremente las manos en el Señor, sin que hubiese cosa que pudiese contenerlos ni causar rubor, empezaron con muchos saltos y fiestas á jugar con El, tratándole como si fuera un loco. Uno le daba de una parte, otro por otra; y burlándose cada uno de su sabiduría y de que le tenían por Profeta, decían: *Adivina quién te dió.* Adelante trataremos del escarnio de la sabiduría de Cristo, como nuevo género de trabajo; pero esta especie de escarnio y burla del Señor fué, á mi ver, la mayor que pudo la malicia humana inventar; y cotejada la Majestad de aquella persona divina humanada, con la perversidad de la gente que le afrentaba, con la bajeza, profanidad y descarro de tan abominable desprecio, no hay lugar más que para enmudecer y pasmarse; y no menos de ver el sufrimiento, mansedumbre y silencio del Señor entre tales y tantos desprecios y abatimientos.

Más que todo debe espantar, á mi ver, la gran vuelta que el mundo ha dado, á lo que representa en este espejo de luz eterna, no digo entre gente que no cree ni adora estas afrentas como verdadero remedio de sus males, sino mucho más sin comparación entre cristianos, que sólo en la virtud y merecimiento de ellas confían se les abrirán las fuentes perennes de todo bien; los cuales hacen tanto caso de las bofetadas, que perderán el alma por quitar la vida á quien les diere una, empuñándose en ello más que otras naciones infieles que no conocen á este Señor, y blasfeman estos divinos misterios y viven en este parecer como si fuesen determinaciones del cielo en que ni Dios dispensa. ¡Oh cristiandad tan perversa y tan inconsiderada de las verdaderas obligaciones! El cielo se gana siguiendo los ejemplos de este Señor, y no de otra manera. Si el alma se pierde, no puede ganar cosa que resarza su imponderable pérdida; la diferencia de la Majestad de Cristo y la bajeza del pecador, es muy conocida y confesada; ser malo para el cristiano lo que no lo fué en Cristo, la fe lo niega; ser verdad todo lo que enseñó y yerro todo lo contrario, ella lo confiesa; de estas afrentas saca el alma firme esperanza de poder alcanzar los bienes celestiales, enciéndose el amor en ver padecer á este Señor; sólo la pre-

sunción de la vanidad, la opinión de la carne y de la tierra, ciega los corazones de los cristianos, de modo que cuanto en Cristo se ve, cuanto de esto puede escribirse y enseñarse conforme á la verdad evangélica, parecen palabras dichas al aire y tan echadas á la espalda y arrojadas del corazón, como si fueran puros yerros y mentiras. Es muy de maravillar, y fuera de toda razón, ver un desatino tan grande y tan general como éste en la cristiandad, que no forma este perverso juicio por el amor del alma, sino por la estimación del cuerpo, al cual esta propia gente tan errada le entrega, en muriendo, á un hombre bajo que le echa mucha tierra en la cara, y le pisa sin aprecio ni respeto cuando ya aquel desprecio no le aprovecha para nada; y estando con el alma en el cuerpo, cuando el sufrimiento de mucho menos que aquello podía conquistar el cielo y hacer prenda de todos los bienes de Dios para poseerlos con honra eterna, los mismos cristianos le aconsejan que tiene obligación de perder cuerpo y alma antes que una pequeña injuria del cuerpo.

Muchos males tienen alguna excusa en la ignorancia; otros en la humana flaqueza; otros en ser primeros movimientos. Este es tan conocido, que los mismos en quienes se halla, confiesan, so pena de ser tenidos por herejes, que es error contra lo que creen y contra la doctrina y ejemplo de Cristo, y que lo que éste enseñó es la pura verdad. No se funda en humana flaqueza, porque no es cosa que la venza por apetito; antes desean todos no verse jamás en esos términos, si pudiesen. No está sujeta á movimiento repentino, porque se funda en deliberación del juicio y de la voluntad; y así no tiene más fundamento que el ser pura malicia diabólica y voluntad y juicio pervertido, de que sin dudar Cristo se da por más sentido y más afrentado sin comparación, que de las bofetadas que sufrió; pues no pudo manifestarlo más claramente que por estas palabras del Evangelio: *El que se correiere de mí delante de los hombres, yo me correré de él delante de mi Padre Eterno*. Y es muy justo que haga el Señor punto de honra de no tener en su compañía en el cielo á quien se corrió de hacer lo que él en la tierra; pues tan bajos y viles pecadores hicieron punto de falsa honra en la tierra. El no imitar en ella al Rey de los cielos; y por ella, como si fuera verdadera, cerraron sus oídos y corazón á la doctrina del Maestro de la verdad.

Por tanto, deben dar muchas gracias á su Majestad los que profesan estado de Religión; pues en medio de un mundo tan errado les apartó tanto de aquellas falsas obligaciones de puntos de honra, que hasta los mismos hijos del siglo que por ellos se pierden, se escandalizan en caso que el religioso no imite á Cristo en el sufrimiento de toda injuria. Y deben salir por la honra de este Señor en público y en secreto, gloriándose de esta su dichosa suerte, y guardarse de la suma desventura de volver al vómito ó de introducir en los monasterios los puntos del mundo, de que Dios los sacó. Y los que viven en el siglo acuérdense que tienen un Señor y Juez

que por toda la eternidad no dispensará en las verdades de su ley, ni aceptará excusa alguna de no ser imitado y obedecido; y pues tiene declarado al mundo por su contrario, trabajen en determinarse luego antes que entren con este Señor á juicio; porque tan blando le vemos ahora en sufrir bofetadas é injurias por nuestro amor, tan riguroso le hallaremos en condenar á los que por las leyes y reputación del mundo no quisieron imitarle en esto. Yo aconsejaré á los que lo tengan por muy dificultoso, que no desconfíen de su misericordia, sino que hagan delante de su Majestad una general determinación y cristianísimo propósito de no gobernarse por el parecer del mundo aunque les cueste la honra y la vida; y hecha esta determinación, váyase cada cual con mucha desconfianza de sí á los pies de este Señor, y pida á estas mismas aientas y bofetadas la misericordia de que, pues fueron poderosas para abrir las puertas del cielo y despojar los infiernos que tan cerrados estaban, quieran abrir un corazón humano para que entre la divina luz y gracia que desdierre todos los miedos terrenos y le haga fuerte contra todo yerro mundano. Y este Señor, que por ninguna otra cosa se dejó afrentar, sino para plantar en nosotros el amor de las verdades que con sus afrentas nos enseña, recibirá este deseo del alma y hará en ella sus acostumbradas maravillas.

EJERCICIO DE LAS BOFETADAS

Dejadme, buen Jesús, contemplar la hermosura de ese divino rostro, antes que esos malvados la muden en fealdad á fuerza de golpes y de cardenales. Adórote, hermosura celestial, en quien los ángeles desean siempre contemplarse, en quien se miran y remiran los bienaventurados, alegría del Paraíso, gloria de los que os aman, prisión suave y amorosa de los que os desean y buscan. ¿Quién se atreve, Señor, á poner las manos y á ofender la hermosura de ese sacratísimo rostro? Baste, Señor, cualquiera otro género de injurias y aientas que habéis pasado; no queráis, que se toque esa hermosura divina, no sea que os desconozcan] las almas enamoradas de Vos y que viven de sola esa vuestra belleza. ¡Oh inhumanos! ¡Oh más duros y obstinados que las piedras! Si supieseis á quién tenéis ahí, si conocieseis la hermosura á quien os atrevéis, qué presto os convertiríais de lobos en corderos, y de crueles en mansedumbre de ovejas. Yo, Señor, yo soy el duro, que os veo abofetear y vivo, y no se rompe y deshace este corazón. Veo un odio mortal que se satisface con cruelísimas bofetadas en ese divino rostro, ¿y aún me quedan fuerzas y ojos para ver más? ¿Qué es esto, buen Jesús? ¿No basta que hayan de descoyuntar esos miembros en la cruz, abrir todas esas carnes con azotes, no quedaros cosa sana en ese cuerpo, como hoy os ha de pasar, sino que ni á vuestro divino rostro quisisteis perdonar, y por él empiezan vuestros tormentos? ¿Cómo puede haber corazón y entrañas para llegar á Vos con tal atrevimiento? ¿Cómo no hubo cortesía para la grandeza, modestia y majestad de la divina hermosura de ese rostro?

¿Y aun sobre eso os le cubren para que con menos vergüenza y más inhumanidad os hieran? Verdaderamente, Señor, Vos sois el humilde, el manso de voluntad, de gusto y de corazón, que si así no fuera, ¿cómo podríais entregar ese divino rostro á tantos desafueros?

Aquí, luz de mi alma, veo cuán lejos estoy de esa humildad. Digo que estoy dispuesto á sufrirlo todo por vuestro amor; pero si bien miro en mí y he de confesar la pura verdad de si sufriría bofetadas en público contra justicia y de gente inferior, aunque ahora diga que sí, viendo ese divino rostro tan maltratado de bofetadas, todavía confieso mi miseria, y entiendo que en la ocasión ó me alteraré mucho, ó me costará mucho el sufrirlo, ó no lo podré llevar. ¿Esto por qué, Dios mío? Porque tengo la humildad sólo en la lengua y la soberbia metida en lo más íntimo de esta mala naturaleza. Vos, divino Cordero, como humilde de corazón, de voluntad y de gusto, no estimáis vuestro divino rostro, y le entregáis callado, sufrido y lleno de amor á los mismos que os dan bofetadas; y de mí que las merezco y no me las dan, siendo soberbio de corazón y de voluntad, ni aun con este ejemplo me doblo al deseo de ofrecer una mejilla cuando me hieren en la otra, según Vos me mandateis. ¡Cuándo, Señor, me humillaréis y abatiréis esta soberbia! ¡Cuándo me haréis manso y humilde de corazón! Hallan las leyes del mundo razón para quitar la vida por una bofetada, y estimase más el propio rostro que la vida del prójimo. Sólo los bajos esclavos no vengan las bofetadas que les dan sus señores. Vos, bien mío soberano, estimáis en más mi vida y mi remedio, que vuestro sacratísimo rostro. ¿Quién os hizo mi cautivo, Dios mío? ¿Por ventura podrá decirse que es vuestro amor ciego ó loco? ¿Quién sois Vos? ¿Quién soy yo? ¿Y Vos por mí? ¡Oh secreto, oh fuego, oh alteza de amor divino!

¡Oh amor, que tantas maravillas haces en tan soberano Señor, y que así le abates por mí; ¿cómo no consumes, cómo no mudas este gusano de la tierra, cómo no le humillas por su amor? ¿Por ventura hallas en mí más resistencia que en esa divina Majestad? ¡Oh miserable, oh frío, oh pobre de mí, cuán lejos estoy de este fuego! ¡Quién le viese ya en sí! Confúndome, Señor, conmigo mismo de ver que los que os abofetean tan inhumanamente, no son brutos, sino hombres de mi misma masa y naturaleza; véome hijo del mismo Adán como ellos, y de una tan corrompida y ciega naturaleza, que cupo en ella el odio de esa divina hermosura, el atrevimiento de herir ese divino rostro, el asco de ver esa soberana belleza, y la malicia de cubrirla, para atormentaros sin empacho y con mayor libertad. No sólo merecí yo, Señor, por mis pecados esos tormentos que pasáis, y no sólo fui la causa, sino que es mía esa misma naturaleza que así os maltrata; y con todo eso no me aborrezco de corazón, y muchas veces me amo más que á Vos, y que á vuestra ley. ¡Oh miserable de mí, cuán bajo y cuán torpe soy! No me conozco y me estimo; áome, y hallo razones para no entregarme del todo á

Vos, á fin que me abracéis, me mudéis, me humilléis y me levantéis. ¿Cuándo, Señor, haréis esta mudanza en mí? ¿Cuándo me daréis este aborrecimiento de mí? ¿Cuándo aborreceré una cosa que arroja de sí tanta malicia, si la desampara vuestra gracia? ¡Oh buen Jesús, oh humilde Jesús!, haced ya en mí esta obra, por la cual tanto padecéis, y que con tantas afrentas me enseñáis. Vuestra ha de ser, y no mía; que yo, si me dejáis de vuestra mano, soy peor que esos que os hieren; pues aunque con ellos no os doy de bofetadas, soy tan duro que no me mudo á la vista de las que sufrís por mí, ni me humillo de corazón, ni me aborrezco del todo.

¡Oh mi buen Jesús!, tanto es el odio de esos vuestros enemigos, que ni quieren ver cosa que les temple la furia, y por eso cubren la hermosura y modestia de ese sacratísimo rostro. ¿Qué tal quedaríais, Señor, de unas tan crueles manos y de un odio tan antiguo y represado, que contra vuestro rostro sacratísimo reventó en esta hora, y prorrumpió en tantas y tan crueles bofetadas? ¡Oh amor de mi alma, no encubráis de mí ese rostro, aunque tan afeado y lastimoso. Así os quiero, así os adoro, mostrádmelo así, porque sólo vuestra hermosura me prende, y el amor con que afeáis vuestro rostro me cautiva y me enciende. Perdonadme, Señor, en esta hora los males que mi alma siente haber cometido contra Vos. ¡Cuántas veces os cubrí el rostro para seguir más libremente mis apetitos, sin saber lo que hacía; y ahora en esto que os hacen me alumbraís, y me dáis á conocer la verdad de lo que fui hasta ahora! ¿Qué hacéis, Señor, cuando leyendo yo vuestra doctrina, oyendo vuestra palabra, ó meditando en lo que por mí hicisteis, ó inspirándome inferiormente, me movéis, me llamáis, me mostráis quien sois y lo que os debo, la gravedad de mis culpas, y el camino de la verdad, sin descubirme vuestro rostro para que os ame, y arrojar en mí los rayos de vuestra hermosura para que huya de mí y me refugie á Vos; que mude mi mala vida y os siga; guarde vuestra ley, y os posea, y me deje prender de vuestro amor? ¿Y qué hago yo, cuando con mi deslealtad no acudo á Vos, ni respondo á vuestros llamamientos, ni me valgo de vuestras verdades, y vivo olvidado de Vos, preso y cautivo de mí y del gusto de mis males; qué hago, sino cubrir la luz de vuestra hermosura, que me aparta de la fealdad de mis vicios, á los que me inclino?

¡Oh misericordia infinita, que á ser menos que infinita no me pudierais sufrir; perdonadme por vuestro amor! Concededme, Señor, que desde ahora jamás os pierda de vista, sino que siempre os tenga muy presente; que así como huí de Vos hasta aquí, os busque desde ahora en adelante; que acabe ya mi dureza y ceguedad; ni por lo que hice hasta ahora dejéis de mostrarme vuestro rostro y mover la dureza de mi alma, pues es mayor vuestra misericordia que mi desventurada malicia, y podéis perdonar más que yo pecar. En esta hora podéis mudarme y trasformarme en Vos. Mudadme, Dios mío, amor mío, mi Jesús.

Baste ya, Señor, lo que habéis padecido; mandad cesar á esos

malvados; descubrid ese divino rostro para que yo le adore, me ablande con dolor, me prenda, y todo me deshaga en su amor. A Moisés cubrían los judíos el rostro por la mucha claridad que traía de haber tratado con Vos, pues sólo así cubierto podían conversar con él, y á él querían oír y no á Dios, por no morir. Pero no así las almas que de todo corazón os desean, que con amor os buscan, y presas del fuego de vuestra caridad andan tras de vuestra hermosura; éstas desean oír vuestra voz; cara á cara os quieren conversar; aborrecen todo lo que esto les impida; no sufren medio entre ellas y entre Vos, ni el más mínimo estorbo que las encubra vuestra soberana hermosura. Moisés, que os conocía y ardía en vuestro amor, sólo por vuestro rostro suspiraba, diciéndoos que, pues tanto os preciabais de ser su amigo, se le mostraseis. Pues, Señor, ¿cómo habéis de estar delante de mí con esos ojos tapados y no os he de ver? Descubrid ya, vida de mi alma, ese rostro á vuestro indigno siervo, pues sólo de él espero la luz del fuego con que os he de conocer y amar; transformadme todo en Vos y prended hoy este corazón, pues si ha de ser vuestro alguna vez, ¿por qué no ahora? Es verdad que si yo fuese vuestro, ninguna cosa me podrá encubrir vuestros rayos, sino que de cualquier manera que os hallare os conoceré si fielmente y con puro corazón os amare. Pero, salud de mi alma, ¿quién ha de hacer esto sino Vos?

A Vos, pues, ruego en esta hora que tengáis misericordia de mí. Acordaos que esos ojos que los judíos taparon, no pudieron estar cerrados en esa misma hora para vuestro apóstol San Pedro que os estaba negando, antes bien (según tenemos escrito), Vos con los ojos corporales cubiertos le mirasteis y arrojasteis en su corazón vuestros divinos rayos con que le alumbraстеis é hicisteis ver su estado, llorar su culpa, enmendarse y volverse á Vos de corazón. Pues, Señor, Vos sois aún el mismo. Miradme con misericordia, penetrad mi corazón con la virtud de vuestros divinos rayos, haced que vuelva dentro de mí, que conozca quien sois y que lllore mis culpas; tomadme todo en Vos y por vuestro desde ahora; pues aquí, en cuanto puedo y como puedo, me ofrezco y entrego todo á Vos. Mudadme de lo que he sido hasta aquí; dadme vuestro amor, que siempre me traiga tras de Vos unido y preso de vuestra hermosura, mi buen Jesús, mi verdadero Señor, maestro y pastor de este errado corazón.

¡Oh madre de Dios sacratísima, que más que todos amáis y amasteis la hermosura de este Señor, y más que todo os afligió y sentisteis verle tan demudado, hinchado y lleno de cardenales de las crueles bofetadas, y más que todas las criaturas anduvisteis siempre presa de la claridad de este divino rostro! Acordaos de este miserable pecador, y alcanzadme de ese Señor lo que El me quiso enseñar por medio de estos trabajos. Tomad posesión de mí para que siempre me traigáis preso en pos de El. Oh ángeles sacratísimos que os mantenéis de la hermosura de este divino rostro; oh corte celestial que con la belleza de esta divina cara estáis presos, embebidos y

glorificados; amad, alabad, ensalza, adorad y glorificad á este Señor cuanto podéis; arde en su divino fuego por Vos y por mí; suplid las faltas de mis tibiezas y frialdades; y pues allí veis lo que pierde quien anda lejos de esta hermosura, alcanzadme misericordia de este Señor, perpetua memoria suya, unión inseparable de amor y aborrecimiento de todo cuanto me aparta de El. Amén.

TRABAJO XXXII

Ser escupido.

En la misma hora, y juntamente con el trabajo de las bofetadas pasó el Señor otro, no sólo gravísimo de sufrir, sino enormísimo por su naturaleza y afrentosísimo por parte de los que le acusaban, que fué escupirle en su sacratísimo rostro. El mismo pacientísimo Señor tuvo este trabajo y escarnio por tan grande, que no sólo quiso que el Profeta Isaías le profetizase, cuando dijo que no apartaría su rostro de los que le escupiesen; sino que El mismo, dando cuenta á sus Apóstoles de los tormentos que había de pasar en su Pasión y nombrando sólo cuatro ó cinco de sus principales, dijo entre ellos que sería escupido.

Justamente dió tan gran luzar á este género de trabajo y afrenta; porque todos los demás, por grandes que sean, suelen hallarse en hombres. Muchos sufren bofetadas, falsos testimonios, azotes y cosas dolorosas; pero escupir en la cara, no es cosa que se acostumbra entre los hombres. No hace grande á este trabajo el dolor ó la pena (porque el escarnio ni hierne ni mata) sino su mucha bajeza; porque quien lo hace se muestra por una parte muy bajo, desvergonzado y descortés; y por otra descubre muy grande odio y desprecio de aquel á quien afrenta; y el injuriado queda persuadido á que no hay cosa que se tenga en más baja reputación que su rostro y persona; porque teniéndose por descortesía y cosa asquerosa el escupir delante de los ojos de la persona con quien hablamos, se acostumbra volver el rostro y buscar algún rincón para escupir y pisar ó cubrir luego lo que se arroja; y hay bárbaros que sufriendo cosas feas y asquerosas, tienen por injuria que se escupa en su casa. Los fariseos, sacerdotes y príncipes del pueblo, no solo no tuvieron este respeto á la divina persona y sacratísimo rostro del Señor, sino que mostraron tenerle en tan baja reputación que solo á El podían enderezar sus salivas. Así, no contentos con las muchas bofetadas que le dieron, aumentaron este gravísimo escarnio; y sin vergüenza ni respeto, antes con fiesta y deseo de saciar en El la envidia mortal que le tenían, añadían á las bofetadas el escupir en su gravísimo rostro, digno de toda adoración y reverencia.

Como miembros de Satanás, tras la saliva arrojaban de aquellas infernales entrañas y envenenados corazones, tan feas y enormes palabras, que con ellas pudiesen justificar la afrenta gravísima que le hacían. Uno, en escupiéndole, le llamaría maldito; otro, engaña-